

tiempo el reverso criminal de su bienestar (...) [y] disfrutaron durante la guerra de más dinero que en los últimos años de paz» (pp. 330-331).

Resulta, como puede comprobarse, *La utopía nazi* un libro iconoclasta y, cuanto menos, complejo. La rapacidad estatal, para Aly, llevó a la explotación extrema para salvaguardar el apoyo del pueblo alemán a la empresa nacionalsocialista. Durante la guerra, se aplicaron con ahínco tanto los sectores políticos como técnicos del Estado alemán, para decidir «que no había por qué alimentar a ciertos sectores de la población» (judíos, prisioneros de guerra soviéticos y pacientes en centros psiquiátricos, p. 356). La aniquilación rápida, en los campos de exterminio, se hizo cuando ya nada quedaba por robar a las víctimas. Y es que no solamente hubo arquitectos entre los perpetradores del exterminio: también hubo economistas entre ellos.

*Javier Rodrigo.*

JOAN MARIA THOMÀS

***Roosevelt y Franco. De la guerra civil española a Pearl Harbor***

Barcelona, Edhasa, 2007, 659 pp.  
ISBN 978-84-350-2682-6

A lo largo de la presente década, la preocupación por conocer y reconstruir las relaciones políticas, económicas y culturales establecidas entre España y los Estados Unidos durante el siglo XX ha experimentado un notable crecimiento. Fruto de este renovado interés han sido las últimas publicaciones de, entre otros, Encarnación Lemus, Rosa Pardo, Charles Powell, Antonio Niño, Fernando Termis, Núria Puig o Ángel Viñas, aunque la predisposición de este último por la materia tenga ya un largo recorrido. Pero quizás el mejor indicador de la buena salud de estos estudios es la reciente lectura de varias tesis doctorales —eso sí, todas ellas circunscritas al ámbito de la Universidad Complutense— con las cuales, sus respectivos

autores, Ana del Hoyo Barbolla, José Antonio Montero Jiménez y Pablo León Aguinaga, han logrado derribar muchos de los tópicos que históricamente han acompañado las relaciones hispano-norteamericanas. Sus aportaciones, junto a otras investigaciones en marcha, auguran un prometedor futuro a este respecto para la historiografía contemporánea española.

Sin embargo, resulta paradójico que dentro de esta prodigalidad, salvo contadas excepciones, todas las monografías fijen su centro de atención en los momentos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, propiciando que el conocimiento de la relación entre ambas naciones durante la Guerra Civil y el primer Franquismo haya quedado al margen. Es indicativo que mientras que el papel desempeñado por el Reino Unido en ese periodo ha sido revisado recientemente —un claro ejemplo son las obras de Enrique Moradiellos— no haya existido una atención semejante para con el comportamiento estadounidense. De hecho, las síntesis debidas al hispanista James W. Cortada, ahora reconvertido al campo de la informática, continúan siendo las referencias más novedosas, a pesar de haber sido publicadas durante la década de los setenta. Para paliar este vacío, el profesor titular de la Universidad Rovira y Virgili, Joan Maria Thomàs, decidió aparcarse momentáneamente sus trabajos sobre la Falange y el fascismo español para sumergirse de lleno en el proceloso océano de las relaciones hispano-norteamericanas. Como el propio autor nos indica en la presentación del libro, su análisis está dedicado al periodo encuadrado entre el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la entrada de los Estados Unidos en la contienda a raíz del ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941. Este límite cronológico en la práctica no es tan rígido pues, con buen juicio, Thomàs comienza su recorrido estudiando la actitud norteamericana durante la guerra civil española y, asimismo, dedica un capítulo final al devenir futuro de la política hispana y estadounidense, anticipando el rumbo que tomará la relación durante los prolegómenos

de la intervención aliada en el norte de África. Ésta se producirá finalmente en noviembre de 1942 en el marco de la denominada operación Torch.

Estamos, por tanto, ante un ambicioso texto, cuyo objetivo principal es diseccionar el comportamiento de la Administración Roosevelt hacia el Régimen franquista en la fase de mayor compromiso de éste con las potencias del Eje. Para lograrlo, el autor ha recurrido preferentemente al uso de fuentes primarias, radicando en este hecho una de las grandes virtudes de la obra. Tras sus páginas se esconde una intensa labor de archivo a ambos lados del Atlántico. La búsqueda de sólidos argumentos sobre los que edificar su tesis implicó el manejo de la documentación personal de Roosevelt y el embajador Weddell (custodiada respectivamente en Hyde Park, NY y Richmond VA), la emanada de los distintos organismos oficiales norteamericanos encargados de la política exterior del país (conservada en los mastodónticos fondos del NARA II en College Park, MD), así como la depositada en los fondos del Ministerio de Asuntos Exteriores, Presidencia de Gobierno y el Archivo General de la Administración, todos estos últimos ya en España. Merced a una gran habilidad y una impecable capacidad de comunicación, el autor ha sido capaz de procesar toda esta ingente masa documental —que hubiera desbordado a otros investigadores— hasta lograr construir un preciso relato histórico sin fisuras pero preñado de matices. Empero, es conveniente destacar que la parte del león la aportan las fuentes norteamericanas, lo que provoca que conozcamos con más precisión las opiniones de sus diplomáticos que las de los dirigentes franquistas. Este desequilibrio, que Joan María Thomàs ha sabido compensar recurriendo a las memorias de los protagonistas y a los documentos editados por la Fundación Franco, no ha de interpretarse como una crítica al autor sino, más bien, como un síntoma de las notables carencias de la red de archivos españoles. En nuestro país, muchos altos cargos

y sus familiares siguen sin tener claro que los papeles de titularidad pública han de estar custodiados por la Administración, y no en manos privadas. Si a ello sumamos la falta de recursos y la poca profesionalidad de buena parte de los responsables de estos archivos, el panorama no puede ser más desolador, en especial si lo comparamos con el ejemplo norteamericano donde el acceso a la información está legislado y es mucho más transparente.

Entrando propiamente en materia, a pesar del título de la obra, el lector no tarda en advertir que uno de los ejes primordiales de la misma gira en torno a la figura de Alexander W. Weddell, embajador estadounidense en España desde mayo de 1939 hasta marzo de 1942. Su misión inicial consistiría en normalizar las relaciones con la dictadura franquista tras el desgarrón que supuso la Guerra Civil. Su predecesor, Claude G. Bowers, había quedado desacreditado ante el nuevo Régimen por sus tendencias pro-republicanas. Por otro lado, la sustitución al frente de la Embajada era, tal y como indica Thomàs, el mejor exponente de las disensiones existentes en el seno de la Administración Roosevelt, con un Presidente poco inclinado al entendimiento con los franquistas frente a un Departamento de Estado que, encabezado por Cordell Hull, apostaba por pasar página y aprovechar las oportunidades económicas que se abrían ante la nueva situación creada en el país ibérico. Esta falta de sintonía dentro de las principales instituciones norteamericanas sobre la actitud que debía adoptarse respecto a España, va a convertirse en una constante durante el resto del periodo analizado por el autor. No obstante, el indiscutible *leitmotiv* del estudio resulta ser la absoluta conexión entre los intereses económicos estadounidenses en nuestro país y la actuación de su diplomacia. Si bien es cierto que la economía y los factores estratégicos han marcado la agenda de la política norteamericana respecto a España durante los últimos cien años, el profesor Thomàs demuestra que, durante la etapa observada, el solapa-

miento entre diplomacia y economía alcanza niveles insospechados. Buena muestra de ello es que durante los primeros meses de Weddell como titular de la Embajada de Estados Unidos en Madrid, sus principales preocupaciones serán resolver el conflicto abierto entre los gestores norteamericanos de la Compañía Telefónica y las autoridades franquistas, así como negociar la concesión de un crédito para la compra de algodón con el que se pretendía paliar la crítica situación de la industria textil catalana. El interés mostrado por la legación hacia al tema de la CNTE —que llevó a poner a disposición del presidente de la ITT *Sosthenes Behn* todos los resortes de la diplomacia norteamericana— contrasta con la falta de resolución en otro contencioso abierto con España, cuyo Gobierno se negaba a liberar a una serie de ciudadanos estadounidenses que habían luchado durante la Guerra Civil en el bando republicano como miembros de la Brigada Lincoln. No será hasta mediados del año 1940 cuando finalmente Weddell logre resolver —con mayor o menor acierto— estos asuntos pendientes aunque, por entonces, las preocupaciones de la Administración Roosevelt respecto al Régimen franquista habían variado sustancialmente ante la más que posible entrada española en la conflagración mundial.

Comienza a partir de este momento lo que Thomàs califica como la segunda etapa de la Embajada de Weddell que, cronológicamente, abarcaría desde agosto de 1940 hasta su cese, en marzo de 1942. Se trata de un periodo muy complejo, analizado al detalle por el autor, y en el que las relaciones hispano-norteamericanas llegan a unos niveles de tensión que, por momentos, parecen poder conducir a la ruptura. La lectura de la obra nos ayuda a comprender la inexistencia de una política estadounidense específicamente diseñada para encarar la situación de inestabilidad que vivía España, lo que propicia que durante buena parte de esta fase la agenda diplomática esté marcada por los intereses del Reino Unido respecto a la Península Ibérica. Este seguidismo de la estrategia británica,

especialmente en lo que se refiere al recurso al arma económica como la mejor forma para garantizar la neutralidad española, merced a una calculada política de «palo y zanahoria», comenzará a quebrarse en los meses previos al ataque japonés a Pearl Harbor. En el ínterin, de nuevo queda al descubierto la falta de sintonía existente entre algunos altos cargos de la Administración Roosevelt, cuyas pugnas internas ralentizarán la implantación de una perentoria política *ad hoc* hacia el Régimen franquista. Como apunta el profesor Thomàs, la nueva estrategia norteamericana implementada a partir de 1942 se basará en un «estricto *quid pro quo* comercial», limitando los envíos de petróleo, recurriendo a la política de compras preventivas, etc. Con anterioridad, el embajador Weddell había manifestado sus recelos acerca de la idoneidad de aplicar una política demasiado dura hacia España, temiendo que una excesiva presión pudiera acabar empujando al Régimen a sumarse al Eje en su guerra contra las democracias. Su diagnóstico se basaba, tal y como destaca el autor, en una falsa percepción, pues consideraba que sólo Serrano Suñer y sus correligionarios falangistas apoyaban decididamente a las potencias fascistas, mientras que Franco representaría una tendencia más proclive al neutralismo y al entendimiento con los Aliados. Thomàs ofrece sólidos argumentos que desmontan esta visión dicotómica del Régimen, poniendo sobre la mesa suficientes muestras de la absoluta doblez desplegada por Franco en su trato con los Estados Unidos. Lo cierto es que dictador hizo gala de una tremenda capacidad de adaptación que, *a posteriori*, le permitirá —con una gran dosis de desfachatez— conservar el poder gracias a presentar sus credenciales anticomunistas y hacer recaer sobre sus colaboradores todas aquellos aspectos que pudieran enturbiar un futuro entendimiento con las potencias vencedoras. Este doble juego tampoco llegó nunca a ser detectado por el nuevo Embajador norteamericano, Carlton Hayes, encargado de relevar a un agotado Weddell en marzo de 1942. Pero la misión

de Hayes queda ya fuera de los límites de la obra aquí reseñada.

En definitiva, la obra *Roosevelt y Franco* es ya un referente obligado para todos aquellos investigadores que deseen conocer las relaciones hispano-norteamericanas durante los primeros años del Franquismo.

Misael Arturo López Zapico

#### ANTONIO ARIZMENDI y PATRICIO DE BLAS

##### ***Conspiración contra el Obispo de Calahorra***

Madrid, Edaf, 2008, 256 pp.  
ISBN: 978-84-414-2083-0

La verdad es la primera víctima de todas las guerras. Y qué duda cabe que lo que mantuvo el franquismo durante los cuarenta años de la Victoria frente a cualquier tipo de disidencia fue una guerra sin paliativos. No obstante, donde al Régimen no le tembló el pulso para fusilar y encarcelar a seglares, sí le ocasionó notables inconvenientes el reprimir las subversiones dentro de su pilar ideológico: la Iglesia. La institución, para aquél entonces, se empleaba en disfrutar de los privilegios logrados tras largos años de servicio fiel a la dictadura y a su maquinaria, una vez consolidada como la familia predilecta de la autoridad militar. Recelosa de cualquier alteración en el *statu quo*, le facilitaría su labor represiva sin cortapisas, incluso dentro de sus propias filas.

En el presente estudio, Antonio Arizmendi, ex-magistrado del Tribunal Supremo e hijo del abogado de la Diócesis de Calahorra nos aporta las vivencias de su padre como testigo, y su investigación personal para poner en entredicho por vez primera el escándalo que marcó ante la opinión pública la figura de Fidel García Martínez, obispo de la sede calagurritana entre 1921 y 1952. Junto a él, Patricio de Blas (coautor, entre otras, de *Historia Común de Hispanoamérica* (Edaf, Madrid, 2000) y de *Nadar contra corriente. Julián Besteiro* (Algaba, Madrid, 2002) nos ofrece su profundo conocimiento de las vi-

cisitudes de la vida y apostolado del prelado en una visión admirablemente global. Su contribución –imprescindible para el conocimiento de la institución eclesiástica en el período– resulta la primera en cuestionar públicamente el escándalo que caracterizó y sigue caracterizando la memoria del célebre, a su pesar, obispo de Calahorra.

Y es que no se trataba ni muchísimo menos de un prelado más dentro del grueso del episcopado ibero. Predilecto de los jesuitas durante sus estudios en la Universidad Pontificia de Comillas, también lo había sido del Vaticano para suceder al cardenal Segura como Primado de Toledo en 1931, cargo que él rechazó. Varios años antes, ya había sido elegido entre tantos para encabezar la representación oficial de España en el Congreso Eucarístico de Chicago de 1926. Destacaría incluso, llegado el ocaso de su trayectoria, como el dignatario español más activo y relevante en sus intervenciones en el Concilio Vaticano II. Por todo ello, resultaba su subversión especialmente peligrosa para el Régimen. Los desencuentros entre don Fidel y Franco venían de lejos, no obstante. A pesar de figurar como firmante de la Carta Colectiva de los Obispos, sí expresó a la jerarquía sus reticencias al respecto del documento, que no consideraba «inoportuno», pero tampoco necesario, y cuya publicación, a su parecer, debía «aplazarse a cuando la guerra pueda darse por terminada». Claro que dichas reservas resultarían *peccata minuta* cuando el Boletín Episcopal de Calahorra reprodujo a mandato suyo la Encíclica de Pío XI en que condenaba el nazismo, *Mit Brennender Sorge* (1937). Ésta había sido absolutamente silenciada por las autoridades franquistas, en esos momentos ostentosa y sentidamente filonazi, a lo largo y ancho de todo el territorio nacional. Ahondando en estos mismos principios marcados por Pío XI, en 1942 firmaría su condena al publicar en marzo su «Instrucción Pastoral sobre algunos errores modernos», junto a la que publicaba nuevamente la tan polémica encíclica. En su instrucción,